

El contagio

> Andrea Estrada

Una mujer tirada en el suelo, con los brazos abiertos, la cabeza a un lado y dos hombres a contraluz que vemos asomarse desde una puerta; uno que se saca la galera, el otro que recoge sus manos y ambos que observan consternados a un pequeño que trata de abrir el vestido de su madre muerta para poder alimentarse. Se trata del famoso cuadro de 1871 "Episodio de la fiebre amarilla" del pintor Juan Manuel Blanes.

Cuando pensamos en el contagio, lo primero que nos viene a la mente es el peligro aprensivo de contraer alguna enfermedad. La palabra "contagio" proviene del latín *contagium* que deriva, a su vez, de *tangere*, "tocar"; y es precisamente tocándonos como los humanos nos contagiábamos y nos seguimos contagiando, en la actualidad, ciertas enfermedades como la lepra, el sida o la fiebre amarilla. Si la enfermedad se propaga sin control y afecta en forma simultánea a una población determinada, el contagio deviene en epidemia, como la que aquejó a Buenos Aires en 1871 y que ilustra el cuadro de Blanes.

Pero pensándolo bien, lo contagioso no se circunscribe estrictamente a las enfermedades; de hecho, los virus de las computadoras son formas cibernéticas de contagio. Y aún

más, lo contagioso no necesariamente tiene que pervertir o aniquilar, sino que, por el contrario, puede purificar y sanar. Y si no, pensemos en la risa.

Ahora, ¿qué sucede si nos concentramos en las manifestaciones y revueltas que estallaron en Egipto e infectaron rápidamente a varias ciudades del mundo árabe? ¿Podemos hablar de una epidemia revolucionaria? Y los contagiados, Túnez, Orán, Annaba, Argel, Libia y hasta la misma Irán, ¿no representarían las víctimas convulsionadas de una enfermedad latente desde hace tiempo?

A pesar de que los síntomas han disminuido, los 300 muertos y los numerosos heridos prueban la virulencia del brote. Lo perturbador, ahora, sería que la epidemia siguiera propagándose, y que el "tradicional" aislamiento de los infectados como método purificador y desinfectante —Mubarak está, en realidad, en un hotel de lujo— termine no sirviendo, finalmente, para nada. ▼

> La autora es doctora en Lingüística